

Nimbos

Francisco Ruiz Udiel

En la lluvia rota

ve su cara

hecha pedazos.

Humberto Ak'Abal

Todo aquello se veía negro,

como si las nubes

fueran a chorrear tinta.

Sergio Ramírez

Llegó a temerle a la lluvia y sintió cómo el agua lo desaparecía en la luz opaca del mes de mayo, cuando el país se inundaba bajo el incesante huracán Alma. ¡Quién le habrá puesto ese nombre a un huracán que lo dejó vacío e inmóvil en una carretera donde todo se volvió oscuro por la niebla!

La noticia que Esteban le dio a Carlos, aquella mañana del 21, le provocó tristeza. Carlos, de tez morena y de treinta años, llamó a Iván, uno de sus amigos, para que le acompañara a San Marcos; también irían en el viaje otras dos amigas: Ana y Daniela.

Lo sucedido sorprendió al grupo. La madre de Esteban había fallecido esa madrugada por un infarto. Ese día el clima se complicó pues se anunció el huracán que cubrió la zona del Pacífico. Sin embargo, la visita no podía postergarse, así que salieron todos en el mismo automóvil, a las diez y veinte de la mañana. La hora es recordada con precisión porque alguien preguntó y fue Iván quien miró su reloj, anunciando que aún era temprano.

El grupo decidió irse por la carretera sur, que sube hasta el municipio de El Crucero, donde la niebla crece junto a la hierba. En el auto todos iban comentando el tema de la muerte y recordaban experiencias diferentes. Daniela, que iba en la parte de adelante, dijo: Yo recuerdo cuando falleció mi papá. Quedé realmente afectada durante más de un año.

En el asiento de atrás iban Carlos y Ana. El tema fue creando una atmósfera triste, entonces Ana sugirió encender la radio. Sonó una canción del roquero argentino Gustavo Cerati, que hablaba de la poesía como la única verdad.

Minutos antes de llegar a Las Nubes, el punto más alto de El Crucero, la lluvia se volvió más densa. A través del vidrio delantero se percibía muy poco la carretera, debido a la neblina. Por un momento el grupo guardó silencio y sólo se escuchaba a Cerati: vamos de fuego en fuego hipnotizándonos. A cada paso sientes otro deja vu.

El vidrio estaba más opaco. Carlos bajó la ventana un centímetro para que entrara aire, pues empezó a sofocarse. Todo se volvió oscuro, incluso dentro del automóvil, que ahora

continuaba a una velocidad baja. De pronto, más desesperado, sintió una corriente que surgía del pecho y continuaba desde el hombro hasta alcanzarle el brazo izquierdo. Era como si alguien le presionara con una mano para ahogarlo.

—¡No puedo respirar!

—Afuera está oscuro. —dijo Ana, sin escucharle.

—Es en serio, necesito aire.

—¿Adónde se fue la luz? —preguntó Daniela.

—Me duele el pecho.

—Qué haríamos si viviéramos en tinieblas, ¿se imaginan? —comentó Iván.

Carlos sintió que su voz apenas se escuchaba.

—Poneme la mano en el pecho —dijo, mirando a Ana—, estoy agitado.

—Los colores son fabricados por la luz. —dijo Daniela.

—Me están sudando las manos, las tengo heladas.

—Tenés razón. Vemos las cosas, todo aquello que existe, por la luz. —secundó Daniela.

—Mirame, ¿cómo estoy? ¿Me veo pálido?

—Qué bárbaro, pero si no se ve nada —se quejó Iván, limpiando el vidrio con la mano—.

Detengámonos mejor.

—¿Alguien anda reloj? Necesito ver la hora.—susurró Carlos. Ya su voz también empezaba a desaparecer.

—Da la sensación de que afuera nada existe en este momento.—dijo Iván.

—Siento la piel adormecida, como un hormigueo.—llegó a decir Carlos, o imaginó que decía algo.

—Y desde afuera, ¿nos podremos ver? ¿Existimos si nos vemos desde afuera?—se preguntó Daniela.

—¡No puedo respirar! ¡Siento que desaparezco!

Intentó mover y extender su mano hacia Ana, pero estaba inmóvil.

—Estás pálido, Carlos, ¿te sentís bien?—quiso saber Ana.

Al ver que no reaccionaba empezó a moverle los hombros agitadamente, haciéndole preguntas y dándole varias palmadas en el mentón, hasta que pudo volver en sí. Tenía la mirada como de otro mundo y fue cuando golpeó la puerta y gritó que lo dejaran salir. Iván detuvo el auto y aquél salió corriendo debajo del aguacero.

Carlos vio que la lluvia caía en pequeñas líneas finas de carboncillo, como un enorme dibujo del cual él formaba parte. Entonces —¡ay, infancia que aparece bajo la mirada del agua!—,

empezó a llorar y a sentir cómo aquellas líneas lo volvían transparente. Sus amigos le vieron caminar con el cuerpo compungido como si buscara tocar a alguien. “¿Qué quieren de mí?”, dijo, dirigiendo sus palabras hacia la nada, hasta que miró a un muchacho de pie, junto a un árbol. Se acercó para saber quién era. Le habló, le preguntó su nombre, pero el otro no respondía. Vio también que el muchacho, remojado, se abrazaba a sí mismo a causa del frío. Y de forma paulatina levantó el rostro. Era Esteban, su amigo de San Marcos, quien tenía la mirada perdida y estiró su dedo para señalarlo e indicarle que se viera a sí mismo.

Carlos bajó sus ojos, observó que sus manos estaban oscurecidas, llenas de tinta y ésta se derramaba en la hierba. Entonces experimentó un espasmo interior y las líneas de la lluvia lo fueron borrando hasta que su piel se transformó en trazos de carboncillo. Su imagen se había desvanecido por completo.

Es lo único que recuerda Carlos de aquella mañana, tras perder la conciencia en Las Nubes. Despertó en su casa y sus amigos le dijeron que había sufrido un ataque de pánico, debido quizá a alguna claustrofobia. “Tenemos una noticia que darté”, dijo Iván, quien solía andar con rodeos al momento de hablar, pero esta vez fue directo: “Esteban está muerto”.

Su mejor amigo no pudo soportar la pérdida de su madre y se había suicidado mientras ellos iban a visitarle a San Marcos. Según la familia, entró a su cuarto, tomó el revólver de su

padre y se disparó debajo de la barbilla. Antes había intentado escribir una nota, pero al parecer, la tinta de su pluma se había agotado.

Carlos, que seguía acostado en la cama, giró su cuerpo hacia la pared. “Quiero estar solo”, dijo.

Afuera todavía hacía mal tiempo. El cielo estaba cubierto con grandes nubes grisáceas. Algunos que saben de nubes, las llaman nimbos.